

CARTA A LOS SACERDOTES

Apreciados Padres:

Quiero dirigirme de nuevo a Ustedes para expresarles mi cercanía y para continuar la reflexión y la información que he buscado mantener durante la situación que han generado los hechos y las medidas con que debemos enfrentar la pandemia del Covid-19. Seguimos viviendo un tiempo que ha introducido cambios en muchos aspectos de nuestra vida, que nos ha traído limitaciones y también nos está dando lecciones importantes. En el diálogo con algunos de Ustedes he visto cómo han subrayado la experiencia que han tenido de la Providencia de Dios, la percepción del amor y el compromiso de la comunidad cristiana con nosotros, la fraternidad sacerdotal y el descubrimiento de nuevas posibilidades pastorales.

Debemos continuar el generoso esfuerzo que estamos haciendo por discernir lo que Dios nos dice y nos pide a partir de la realidad que actualmente desafía nuestra caridad pastoral y nuestra creatividad apostólica; debemos continuar sirviendo a los fieles, que están valorando y agradeciendo nuestro testimonio y acompañamiento; debemos continuar aprovechando este tiempo recio como una escuela de virtudes evangélicas, en la que podemos crecer en la fe, en sencillez de vida, en espíritu de pobreza, en fraternidad y en esperanza. En este contexto, les propongo algunas orientaciones concretas.

1. La reapertura de los templos. Esta ha sido una de las inquietudes recurrentes de sacerdotes y fieles. Ya se habrán podido dar cuenta, por el Comunicado de la Comisión Permanente del Episcopado, de los pasos que se han dado sobre este particular. Aunque en los últimos días se ha visto cierta disponibilidad del Gobierno Nacional para estudiar el tema y para poner en marcha una experiencia piloto, cuando llegue la autorización no será fácil la aplicación de los protocolos de bioseguridad, que prevén, entre otras cosas, inscripciones previas, elementos de desinfección, limitación del número de participantes, apertura progresiva, organización cuidadosa para entrar y salir sin aglomeraciones.

Mientras tanto, nos resulta muy útil ir madurando la advertencia del Papa Francisco, el pasado 17 de abril, cuando decía que una Iglesia “viralizada” no es la verdadera Iglesia compuesta de pueblo y sacramentos. Cuidado, señaló, si cuando cese la pandemia queda en pie la idea gnóstica de una Iglesia electrónica, en lugar de una real. Porque Misas televisadas o con transmisión electrónica tienen el peligro de que el sacramento descienda de lo real a lo virtual y, en consecuencia, se diluya. E indicaba también que lo que estamos viviendo y haciendo es un túnel para salir de una situación y no para permanecer en él. Y lo que el Papa afirmaba lo comprobamos al constatar, de una parte, que la virtualidad es insuficiente para vivir la fe y, de otra, que se va sintiendo también una cierta saturación de virtualidad.

Por eso, es muy importante hacer conscientes a los fieles de la transitoriedad de este período y de los medios que estamos utilizando y, mediante una permanente y adecuada catequesis, disponernos nosotros y prepararlos a ellos para vivir el reencuentro cuando comencemos de nuevo la celebración presencial de la Liturgia. En verdad, tenemos que estar muy atentos a no perder la autenticidad de la experiencia humana y el carácter sagrado

que entraña la celebración viva del misterio de Cristo. Igualmente, es preciso cuidar que no desaparezca en este tiempo la comunidad; si dejamos que los fieles se acostumbren a “ver” la Eucaristía en la pantalla, como un espectáculo más, luego no vendrán a los templos y, por último, se fatigarán también de simples transmisiones mediáticas de repetitivos actos religiosos.

Después de esta experiencia, diferente pero fuerte tanto para nosotros los sacerdotes como para los fieles, la celebración de la Eucaristía tendría que tener una fuerza nueva. No podemos permitir que sea un simple rito, un acto sólo para acompañar momentos de la vida social, una fuente de ingresos, una práctica piadosa con la que se “negocia” un milagro con Dios. Estamos ante una ocasión propicia para un nuevo comienzo que haga verdaderamente de la Eucaristía, viva y real, “culmen y fuente de la vida de la Iglesia”. Por tanto, los invito a preparar, antes que los protocolos de bioseguridad, los protocolos pastorales para acoger con amor la comunidad cuando llegue, para crear un clima de fraternidad y de alegría en nuestras celebraciones, para infundir una verdadera espiritualidad litúrgica, para lograr que el encuentro con Cristo en verdad ilumine y transforme nuestra vida.

2. Urgencia de un liderazgo social. También los quiero invitar, apreciados Padres, a asumir en este momento nuestra misión en el campo social. El mundo no va a quedar igual después de lo que estamos viviendo. Tendremos cambios a nivel local y universal, entre otras cosas, en la concepción de la vida, en la forma de relacionarnos, en la situación económica afectada especialmente por el desempleo y la pobreza, en la manera de enfocar y realizar la educación, en el ambiente particular que rodeará la vida de los ancianos y de los jóvenes, en las transformaciones culturales que determinarán nuevas formas de pensar y de situarnos en el mundo. Un momento de transformación social y cultural nos ofrece una coyuntura propicia para lo que es propiamente nuestro: vivir y enseñar a vivir los criterios y los valores del Evangelio.

No podemos desperdiciar este tiempo, que entraña muchos sufrimientos y también importantes oportunidades, si lo sabemos aprovechar. Esta etapa de la historia, que no escapa a la Providencia de Dios y que él pone en nuestras manos, nos permite presentar de un modo nuevo a Cristo que da sentido y esperanza; nos ofrece la posibilidad de promover nuevas formas de vida que den consistencia a una sociedad más humana, más auténtica y más justa; nos lleva a acompañar y servir con lo que somos y tenemos, como buenos samaritanos, a todos, pero especialmente a los más pobres y necesitados. No miremos únicamente las dificultades que vienen, sino la ocasión en que estamos de reconstruirnos como humanidad y de realizar precisamente ahí la verdadera identidad y la misión de la Iglesia, hoy más necesaria que nunca.

En este momento en que tantos están empeñados en reinventar el comercio, la comunicación, la educación, los modelos de trabajo, oremos y unámonos para discernir lo que Dios quiere que emprendamos dentro de su proyecto de salvación. Nos tienen que mover a actuar, de un parte, situaciones muy preocupantes que venimos padeciendo como la mentira, la injusticia social, la corrupción, la violencia; y, de otra, que se nos han confiado muchos recursos para ayudar a la gente a pensar y actuar con honestidad, con libertad y con amor. En este momento necesitan la luz del Evangelio los jóvenes, las familias, los pobres, los líderes de la sociedad. No tengamos miedo, sino un profundo deseo

de renovarnos, aun perdiendo estructuras caducas que ya no transmiten la fe, para un eficaz servicio al Pueblo de Dios y a toda la sociedad.

+ Ricardo Tobón Restrepo
Arzobispo de Medellín

Medellín, 2 de junio de 2020